

tal que esta visita le quitase su obsesión, que era casi una locura!...

Después pidió más. Había que preparar en una mesa del estudio dulces, *champagne*, todo lo mejor que encontrase Cotoner. Este habló de enviar al criado, quejándose de los trabajos que le acarreaba la visita de aquella muchacha, de la sonrisa cándida y las obscenidades enormes, con los codos pegados al talle.

—No, Pepe—suplicó el maestro.—Ve tú; no quiero que el criado se entere. Después habla... mi hija le acosa con preguntas.

Cotoner se fué con gesto de resignación, y al volver una hora después, vió á Renovales en el cuarto de los modelos poniendo en orden varias ropas.

El viejo amigo alineó sobre la mesa sus paquetes. Puso los dulces en platos antiguos y sacó las botellas de sus envolturas.

—El señor está servido—dijo con un respeto irónico.—¿Quiere algo más el señor?... Toda la familia está en revolución por esa alta dama: tu yerno te la trae; yo te sirvo de criado... sólo falta que llames á tu hija para que la ayude á desnudarse.

—Gracias, Pepe; muchas gracias—exclamó el maestro con ingenua efusión, sin sentirse molestado por sus burlas.

A la hora del almuerzo Cotoner le vió entrar en el comedor, muy peinado, muy acicalado, el bigote rizado á tenacilla, vistiendo su mejor traje y con una rosa en la solapa. El bohemio rió con grandes car-

cajadas. ¡Aquello más!... Estaba loco; se iban á burlar de él.

Apenas tocó los platos. Después paseó sólo por el estudio. ¡Con qué lentitud transcurría el tiempo!... Miraba, á cada una de sus vueltas por los tres salones, las manecillas de un antiguo reloj de porcelana de Sajonia, puesto sobre una mesa de mármol de colores, reflejando su parte trasera en un profundo espejo veneciano.

Ya eran las tres... El maestro se preguntó con inquietud si no vendría. Las tres y cuarto... las tres y media. No, no vendría; había pasado la hora. ¡Aquellas mujeres, que vivían rodeadas de compromisos y exigencias, sin tener por suyo un instante de su vida!...

De pronto oyó pasos y entró Cotoner.

—Ya está ahí; ahí la tienes... Salud, maestro... ¡Divertirse! Me parece que has abusado bastante de mí y que no exigirás que me quede.

Se fué haciendo con las manos irónicos signos de despedida, y poco después Renovales oyó la voz de Lope de Sosa, aproximándose lentamente, explicando á su acompañante aquellos cuadros, aquellos muebles, que cautivaban su atención.

Entraron. La «Bella Fregolina» mostraba asombro en sus ojos; parecía intimidada por el silencio majestuoso del estudio. ¡Aquel hotel tan grande, tan señorial, tan distinto de todos los que ella había visto!... ¡Aquel lujo antiguo, sólido, histórico, con sus muebles raros que la infundían pavor!... Miró á Re-

novales con respeto. Le parecía más distinguido, más aseñorado que aquel otro hombre entrevisto vagamente en las butacas de su teatrillo. Le inspiraba miedo, como si fuese un gran personaje, distinto á cuantos hombres había ella tratado. A esta inquietud se unía cierta admiración. ¡El dinero que tendría aquel prójimo, viviendo con tal aparato!...

Renovales también la miraba emocionado al tenerla tan cerca.

En el primer instante sintió cierta duda. ¿Realmente se parecía á la otra?... Le desconcertaba la pintura de su rostro; la capa de colorete blanco, con líneas negras en los ojos, que se delataba al través del velo. La *otra* no se pintaba. Pero al fijarse en sus ojos surgió de nuevo la conmovedora semejanza, y partiendo de éstos, fué reconstituyendo el rostro adorado bajo la capa de grasas de color.

La *divette* examinaba los lienzos que cubrían las paredes. ¡Qué bonito! ¿Y todo aquello lo hacía este señor?... Ella deseaba verse así, arrogante y hermosa en el fondo de un cuadro. ¿De veras deseaba pintarla? Y se erguía con vanidad, satisfecha de que la creyesen hermosa, de gozar la emoción, hasta entonces no deseada, de ver reproducida su imagen por un gran artista.

López de Sosa excusábase con su suegro. Habían tardado por culpa de ella. Con mujeres como ésta nunca había prisa. Se acostaba al amanecer: la había encontrado en la cama...

Luego se despidió, comprendiendo lo embarazosa que resultaba su presencia. Pepita era una buena muchacha; estaba deslumbrada por sus palabras y por el aspecto de la casa. Podía hacer de ella lo que quisiese.

—Vaya, chica, ahí te quedas. El señor es mi papá; ya te lo he dicho. A ver si eres buena niña.

Y se fué, seguido de la risa forzada de los dos, que celebraron con una alegría embarazosa esta recomendación paternal.

Quedaron en un silencio largo y penoso. El maestro no sabía que decir. Sobre su voluntad pesaban la timidez y la emoción. Ella no se mostraba menos conmovida. Aquella nave tan grande, tan silenciosa, tan imponente, con su lujo macizo y soberbio, distinto de todo de lo que ella había visto, la intimidaba. Sentía el vago temor que precede á una operación desconocida. La turbaban además, los ojos ardientes de aquel hombre, fijos en ella, con un temblor en las mejillas y un movimiento de los labios, como si éstos sintieran los tormentos de la sed...

Pronto se repuso de su timidez. Estaba habituada á estos momentos de vergonzoso mutismo, que preceden al encuentro en la soledad de dos personas extrañas. Conocía estas entrevistas, que empiezan con cierta vacilación y acaban en ruidosas intimidades.

Miró en torno de ella con una sonrisa de profesional, deseando terminar cuanto antes la molesta situación.

—Cuando usted quiera. ¿Dónde me desnudo? Renovales se estremeció al oír su voz, como si hubiese olvidado que podía hablar aquella imagen. Le extrañó también la llaneza con que ahorra explicaciones.

Su yerno hacía bien las cosas: la había traído aleccionada, insensible á toda sorpresa.

El maestro la condujo á la habitación de los modelos y quedó fuera, prudentemente, volviendo la cabeza sin saber por qué, para no ver por la puerta entreabierta. Transcurrió un largo silencio, cortado por el suave *fru-fru* de las ropas caídas, por el *clic* metálico de botones y corchetes. De pronto la voz de ella llegó hasta el maestro, ahogada, lejana, con cierta timidez.

—¿Las medias, también?... ¿Es preciso que me las quite?

Renovales conocía esta resistencia de todas las modelos al desnudarse por vez primera. López de Sosa, extremando su buen deseo de complacer á papá, la había hablado de prestar su cuerpo por entero, y ella se desnudaba, sin pedir más explicaciones, con la calma del deber aceptado, creyendo que era absurda su presencia allí, para otra cosa que no fuese esto.

El pintor salió de su mutismo; gritó con inquietud. No debía quedarse desnuda. En el cuarto tenía lo necesario para vestirse. Y sin volver la cabeza, introduciendo un brazo por la puerta entreabierta, le mostraba á ciegas lo que él había dejado. Allí te-

nía un vestido rosa, un sombrero, zapatos, medias, una camisa...

Pepita protestó al reconocer estas prendas, mostrando aversión á cubrir sus carnes con ropas íntimas, que parecían usadas y viejas.

—¿La camisa también? ¿También las medias?... No; con el vestido basta.

Pero el maestro suplicaba impaciente. Era necesario todo: lo exigía su pintura. El largo silencio de la muchacha, delató la conformidad con que iba endosándose estas prendas antiguas, dominando su repugnancia.

Cuando salió del cuarto, sonreía con cierta lástima, como si se burlase de ella misma. Renovales se hizo atrás, conmovido por su propia obra, deslumbrado, sintiendo que le zumbaban las sienes, creyendo que cuadros y muebles se agitaban, queriendo rodar en torno de él.

¡Pobre Fregolina! ¡Adorable mamarracho! Sentía grandes ganas de reír, pensando en la tempestad de berridos que estallaría en su teatro al verla aparecer en escena, vestida de este modo, en las burlas de los amigos si se presentase, en una de sus cenas, adornada con estas ropas de veinte años antes. Ella no había conocido estas modas y le parecían de una antigüedad remota. El maestro se apoyó emocionado en el respaldo de un sillón.

—¡Josefina! ¡Josefina!

Era ella, tal como la guardaba en su memoria; la del dulce verano de las montañas romanas, con su

traje de color rosa y aquel sombrero campestre que la daba el aire gracioso de una aldeana de opereta. Aquellas modas de las que se reía ahora la juventud, eran para él, las más hermosas, las más artísticas que había producido el gusto femenil; las que le recordaban la primavera de su vida.

—¡Josefina! ¡Josefina!

Permaneció mudo, pues estas exclamaciones nacían y morían en su pensamiento. No osaba moverse ni hablar, como si temiera ver desvanecida esta aparición de ensueño. Ella, sonriente, gozábale en el efecto que su aparición causaba en el pintor, y al verse reflejada por un lejano espejo, reconocía que en este raro adorno de su persona no estaba del todo mal.

—¿Dónde me pongo? ¿Sentada? ¿Derecha?...

El maestro apenas lograba hablar: su voz era ronca, trabajosa. Podía colocarse como quisiera.... Y ella se sentó en un sillón, adoptando una postura que consideraba elegantísima; la mejilla en una mano, las piernas montadas una sobre otra, lo mismo que en el reservado de su teatrillo, mostrando por debajo de la falda, una media de color rosa, de finos calados; la misma envoltura de seda que recordaba al pintor otra pierna adorada.

¡Era ella! La tenía ante sus ojos, corpórea, con su perfume de carne amada.

Por instinto, por costumbre, había cogido su paleta y un pincel manchado en negro, intentando trazar los contornos de aquella figura. ¡Ah, ma-

no de viejo; mano torpe y temblorosa!... ¿A dónde habían volado su facilidad de otros tiempos, su dibujo, sus cualidades que asombraban?... ¿Realmente había pintado alguna vez? ¿Era ciertamente el pintor Renovales?... Todo lo había olvidado de pronto. Su cráneo parecía vacío, su mano parálitica, el lienzo blanco le inspiraba el terror de lo desconocido... El no sabía pintar: él no podría pintar. Eran inútiles sus esfuerzos. Su pensamiento se había apagado. Tal vez... otro día. Ahora le zumbaban los oídos, su rostro estaba pálido y sus orejas, rojas, violáceas, como si fuesen á manar sangre. Sentía en su boca el tormento de una sed mortal.

La «Bella Fregolina» le vió arrojar la paleta y venir sobre ella, con un gesto de fiera loca.

Pero no sintió miedo: conocía estos rostros trastornados. La brusca acometida entraba sin duda en el programa; estaba prevista al ir allí, después de su conversación amistosa con el yerno... Aquel señor tan grave, tan imponente, era igual á todos los hombres que ella conocía; le agitaba la misma brutalidad.

Le vió llegar á ella, con los brazos abiertos, estrecharla fuertemente, caer á sus pies con un mugido ardoroso, sordo, como si se ahogase; y ella, buena muchacha, misericordiosa, le animó, inclinando la cabeza, ofreciendo los labios, con cierto mohín amoroso y automático, que era la herramienta de su profesión.

Este beso acabó de trastornar al maestro.

—¡Josefina! ¡Josefina!...

El perfume de los tiempos felices surgía de las ropas, envolviendo aquel cuerpo adorable. ¡Era su vestido; era su carne! Iba á morir á sus pies, con la asfixia del inmenso deseo que dilataba su cuerpo angustiosamente, deseando estallar. Era ella: sus mismos ojos... ¡Sus ojos! Y al levantar la mirada para sumirse en sus dulces pupilas, para contemplarse en su tembloroso espejo, vió unos ojos fríos, que le examinaban entornados, con una curiosidad profesional, paladeando irónicamente desde su altura serena, esta borrachera de la carne, esta locura que se arrastraba gímoteando de deseo.

Renovales quedó aturdido por la sorpresa, sintió que algo helado bajaba por su espalda, paralizándole: se velaron sus ojos con una nube de decepción y desconsuelo.

¿Era realmente Josefina la que tenía entre sus brazos?... Era su cuerpo, su perfume, sus ropas, su pálida belleza de flor moribunda... Pero no; no era ella. ¡Aquellos ojos!... En vano le miraban de otro modo, alarmados por esta súbita reacción; en vano se dulcificaban tomando una luz de ternura, con la habilidad de la costumbre. El engaño era inútil; él veía más allá, penetraba por estas ventanas luminosas hasta lo más hondo, encontrando solo el vacío. El alma de la otra no estaba allí. Aquél perfume enloquecedor ya no le emocionaba; era una falsa esencia. Sólo tenía ante él una reproducción del vaso adorado; pero el incienso, el alma, perdidos para siempre.

Renovales, puesto de pie, caminaba hacia atrás, mirando á aquella mujer con ojos de espanto, y acabó por arrojarle en un diván, con la cara entre las manos.

La muchacha oyéndole gemir tuvo miedo, y corrió hacia el cuarto de los modelos para quitarse aquellos adornos, para huir. Aquel señor debía estar loco.

El maestro lloraba. ¡Adiós, juventud! ¡Adiós, deseo! ¡Adiós, ilusión, sirena encantadora de la existencia, que huyes para siempre! Inútil buscar; inútil debatirse en la soledad de su vida. La muerta le tenía bien agarrado; era suyo y sólo con ella podría resucitar su juventud. Eran vanos estos simulacros. No encontraría otra que evocase el recuerdo de la muerta, como esta mujer alquilada que habían envuelto sus brazos... y sin embargo ¡no era ella!

En el instante supremo, al tocar la realidad, desvaneciase aquel *algo* indefinible que había encerrado el cuerpo de su Josefina; de su maja desnuda, adorada en las noches de juventud.

La decepción inmensa, irreparable, extendía por su cuerpo la calma glacial de la vejez.

¡Venid abajo, torreones de la ilusión! ¡Derrumbáos, alcázares engañosos, contruídos por el ansia de embellecer la jornada, de ocultar el horizonte!... La ruta quedaba limpia, árida, desierta. En vano se sentaría al borde del camino, retardando la hora de reanudar la marcha; en vano bajaría la ca-

beza para no ver. Cuanto mayor fuese su descanso, más largo sería el tormento del miedo. Iba á contemplar á todas horas, sin nubes y sin obstáculos, el temido final de la última jornada; lá posada de donde no se vuelve; la garganta de voraces negruras... la muerte.

Madrid, Febrero Abril 1906.

FIN

